

Rafael Cordera: política y educación

David Pantoja

Realizó sus estudios de licenciatura en la Facultad de Derecho de la UNAM, obtuvo el grado de doctor en derecho constitucional en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París. Ha tenido una amplia trayectoria académica y política. Dentro de los cargos administrativos que desempeñó destacan el de director de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato de Colegio de Ciencias y Humanidades, coordinador del CCH, director general de Educación Superior en la SEP, secretario auxiliar de la UNAM, coordinador de Estudios de Proyecto de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social y secretario general del Colegio de México.

El amigo que se va es como el pozo sin fondo que nunca se va a llenar

Agradezco a la Facultad de Economía, a sus autoridades y a los profesores amigos de Rafael Cordera la invitación que se me hiciera para participar en esta ceremonia en su memoria.

Los duelos tienen la función reconfortante de un bálsamo que, al verbalizar los recuerdos que guardamos de nuestros seres queridos, los hacen aflorar y, entonces, esos momentos fugaces se quedan como instantáneas, como imágenes fijas que nos permiten hacer sobrevivir a los ya idos y rescatarlos del olvido, mitigando así la pena por su ausencia.

Trabé conocimiento y trato con Fayo en la primera mitad de los setenta, cuando estando cerca el cambio de director del Plantel Sur del Colegio de Ciencias y Humanidades, por encomienda del coordinador Fernando Pérez Correa, me entrevisté con nuestro recordado amigo para ver si estaba dispuesto a asumir ese cargo. Habíamos recogido de diferentes grupos opiniones favorables que lo apreciaban por su liderazgo natural y por su talante conciliador, y nos parecía

un muy buen puente para tender entre autoridades, activistas estudiantiles, sindicato y grupos de profesores. No le desagradó la propuesta, pero no la aceptó, pues su compromiso central en ese momento estaba con la formación del Consejo Sindical de profesores de la UNAM y con el papel político del movimiento obrero en la construcción de la democracia, movimiento que encarnaba don Rafael Galván.

No obstante su negativa, hubo una corriente de simpatía mutua que nos llevó a vernos de tarde en tarde para comentar sucesos universitarios o noticias políticas. Siempre noté y me impresionó algo ya expresado por otro amigo y era esa capacidad de ver siempre, en todo acontecer, el ángulo político en su sentido más noble: el de la búsqueda del bien para los más.

Hubo un paréntesis en esa etapa que se reanudó con mucha intensidad a su regreso a México, después de una estadía en España, de la que llegó muy lleno de entusiasmo e ideas sobre la exitosa transición española, sobre su experiencia en los cursos para la educación a distancia

que tomó, sobre sus seminarios con Paramio y otros profesores. Recordaré siempre sus sabrosas y agudas observaciones sobre el destape y la vida social española. En fin, sus dos grandes pasiones, la política y la educación, eran los ejes sobre los que giraban sus preocupaciones y ocupaciones, y lograba transmitir a sus interlocutores el brío por ellas. En todo caso, lo logró conmigo, haciéndome leer una gran cantidad de documentos de los partidos socialdemócratas europeos, sobre política social y política educativa.

Invitado por el rector Sarukhán para hacerme cargo de la entonces Secretaría General Auxiliar de la UNAM, no dudé ni por un instante a quién debía yo persuadir para que compartiera conmigo tan delicadas tareas. Para mi fortuna, en este caso Fayó aceptó, y las miras y preocupaciones compartidas, el esfuerzo común, los sinsabores y los logros obtenidos fueron haciendo su labor hasta forjar una relación de respeto y confianza recípro-

cos que culminaría en un profundo sentimiento fraterno.

Con gran generosidad, me franqueó la puerta de acceso a su familia: a sus padres, a su compañera, la querida Maca, a sus hijos Diego y Santi, a sus hermanos Kity y Rolando, al punto que con los años puedo decir que los considero parte de mi propia familia. Igualmente me abrió el círculo de sus amigos, a los que de forma similar he adoptado como mis amigos.

Muchas vicisitudes vivimos juntos en apoyo de las tareas del doctor Sarukhán y siempre constaté su lealtad a la Institución y a su rector; su permanente conducta que anteponía los principios y valores de la Universidad por encima de cualesquier otro; su rara habilidad para analizar, diagnosticar y afrontar problemas políticos, rindiendo con ello señalados servicios a la Institución que sirvió.

Una muestra de sus dotes de organizador y concertador fue la operación exitosa que llevó a



cabo para que en la UNAM se realizará una comparecencia en la que los líderes de las principales fuerzas políticas expusieran sus idearios y programas. En contraste con decisiones anteriores, coadyuvó con la determinación del rector de propiciar que en el recinto universitario se debatieran los problemas nacionales, en un diálogo respetuoso y de altura. Gracias a su capacidad organizativa, el encuentro fue todo un éxito, logrando hacer del *campus* un territorio que, por tolerante, fue teatro del análisis sereno de las opciones políticas, sin convertirlo por ello en una arena de lucha por el poder.

Como antes decía, sus dos resortes vitales fueron la política y la educación. No es de sorprender: la Política, con P mayúscula, una de las actividades más nobles y de más alta estirpe, era considerada por Fayó como una actividad para transformar la realidad. Esa realidad era, para él, el país, sus jóvenes y entre los instrumentos para esa transformación estaba, sin duda alguna, la educación.

Con esa convicción, vio en la educación pública y, particularmente en la universidad pública, la herramienta idónea para moldear a la sociedad a fin de hacerla más justa, con menos desigualdades y, así, se convirtió en un defensor convencido de esa institución. Sus numerosas contribuciones en la prensa y en revistas dan cuenta de ello, pero sobre todo fue palpable en su conducta como funcionario en la UNAM y más recientemente en la UDUAL. Entendió que la labor política, si carecía de propósitos culturales y educativos, traicionaba su fin superior de ser instrumento civilizatorio privilegiado. Fue particularmente sensible al abandono que la clase política mexicana ha hecho, en los años recientes, de su obligación como gobernantes de atender la demanda de más plazas en el sistema educativo y de atenderla satisfactoriamente, no sólo cuantitativamente, sino con calidad.

Es entendible, entonces, también su dedicación al tema de los jóvenes, en el que invirtió estudio, discusiones y esfuerzo en la organización de mesas y coloquios, en los que aportó no pocas luces, ya que poco a poco, a fuerza de tanto estudiar, reflexionar y escribir, se convirtió en un experto reconocido. Irritado y preocupado por la carencia de una política gubernamental y la indiferencia de los partidos frente al gravísimo problema de empleo, salud, educación y entretenimiento para los jóvenes, no cesó de señalarlo, pero su desazón no se quedó ahí, sino que hizo valiosas aportaciones no sólo con datos duros de esa conflictiva realidad y con su análisis, sino con propuestas concretas para estructurar una política que tuviera como objetivo a ese sector de la población. La convicción de que los jóvenes en un aula son menos vulnerables a ser rehenes de la drogadicción o a ser reclutados por la delincuencia, hizo que su preocupación se convirtiera en ocupación y de ello dejó numerosos testimonios escritos y actuados.

Tanto en su calidad de director general de Apoyo y Servicios a la Comunidad como en la de secretario de Asuntos Estudiantiles se aplicó, en efecto, a hacer realidad “la política de bienestar” en nuestra Universidad, convirtiendo en acción lo que eran propuestas e ideas. En una publicación propiciada por él, alertó sobre la urgencia de instrumentar una política de bienestar para la comunidad universitaria que incidiera en el mejoramiento sustantivo de los procesos de enseñanza-aprendizaje, de investigación y difusión de la cultura. Concibió esta política de bienestar como una dimensión de la educación y su objetivo era el de brindar una formación básica e integral al estudiantado universitario de todos los niveles, a través de la creación de las condiciones y el ambiente propicios para el mejor aprovechamiento de la formación curricular, de la educación continua y del tiempo libre.¹



En otra publicación, también alentada por su Secretaría, producto de un seminario sobre la agenda estudiantil, puntualizó que las políticas de bienestar universitario no podían tener como horizonte la pura organización de los servicios estudiantiles, ni de algunas acciones aisladas de bienestar social. Su formulación debía tener como perspectiva el ámbito universitario, el nacional y los cambios en el mundo, a fin de que su diseño e instrumentación correspondieran a una auténtica política social y cultural para los estudiantes.² A ello se aplicó.

En efecto, tomando en consideración la gran heterogeneidad de la comunidad estudiantil, reconocía la necesidad de aplicar estrategias diferenciadas, empero, formulaba algunos lineamientos de carácter general. Y aquí quisiera destacar muy particularmente otra de las virtudes que siempre lo acompañaron: la de su sentimiento igualitario de justicia social, pues afirmaba que, sin descuidar

los objetivos de excelencia académica, debía privilegiarse las acciones orientadas al estudiantado menos favorecido.

En todas estas ideas, programas y acciones puso su talento e imaginación, su enorme capacidad organizativa y su liderazgo, y por ello le agradecemos y recordamos.

No quiero terminar esta intervención sin evocar las palabras de una tonadilla que sintetizan mi profundo sentimiento de tristeza:

*El amigo que se va es como el pozo sin fondo
 que nunca se va a llenar.*

Notas

1. “A propósito del bienestar y la juventud: una experiencia en la UNAM” en *Juventud, divino tesoro*, comp., Rafael Cordera, UNAM-*El Nacional*, México, 1992.
2. Rafael Cordera, “Las universidades y las políticas de bienestar para los estudiantes” en *Seminario: Los temas de la agenda estudiantil*, comp. José Luis Victoria, UNAM, México, 1995.